

En la feria

Melquiades

Había prometido a los lectores del "Auseva", no volver de romería hasta el próximo S. Antonio, pero entrome el martes tan irresistible comezón de correrme por la feria de Corao, y de enterarme de cuanto allí se hacía y pasaba, que allá dí con mis huesos confiando en que los lectores de este semanario sabrán perdonar esta calaverada.

Vencido por la tentación, el martes muy de mañana salí a la calle, donde me vi solicitado por cien distintos coches, que se hacían ruda competencia en cuanto al precio, comodidades y velocidad en el transporte.

Consultada la bolsa, subí a uno, cuyo auriga prometía llevarme de balde, y además un trago de sidra en el parador que llaman "La Venta".

Aunque sin ver confirmado el anuncio del convite, y previo pago de una peseta a la llegada del viaje, halleme en Corao, en diez minutos, en medio de la feria.

Gracias a Dios, el vicio de jugar no ha tomado posesión quieta ni vel cuasi, en mis ocupaciones favoritas. Así es que pude con facilidad librarme de una plaga de rueda-fortuneros, que como chinches en verano, asaltaban a todo transeúnte. ¡A perro chico la tirada! ¡Seis tiradas un real!, gritaban con destemplada voz aquel enjambre de vividores, que ocupaban las avenidas de la feria. Más alla, ofrecíase en tentadora rifa, a todo el que llevaba un real de más (calculo que pocos había en condiciones), excelentes cuadros, representando unos, la Degollación de S. Tirso Apóstol (textual), otros a Santiago en la batalla de la Clavícula (ídem) y así por el estilo, anunciaban en castellano híbrido, multitud de estampas y *estampos*, para tentación de los gangueros.

Más hacia allá, empezaba la feria formal y de verdad. Aquel extenso campo, librado por frondosos castaños del ardiente sol de mayo, estaba materialmente cubierto de ganado vacuno, que con febril actividad solicitaban compradores de Álava, Vizcaya y Santander. Las transacciones fueron muchísimas y el precio verdaderamente desusado en la comarca. Bástanos decir a nuestros abonados, que hubo novilla de treinta meses que se vendió en ¡setenta y cinco duros! por supuesto, de raza del país sin mezcla ni cruce alguno de razas extranjeras.

Los bueyes, también obtuvieron precios elevadísimos, y dicho sea en honor de la verdad, se presentaron muchísimas parejas de excelente aspecto y muy bien criados, cosa que echábamos de menos en las ferias de años anteriores, donde sólo apreciábamos parejas de güecinos insuficientes para las labores del campo y pésimamente criados.

El mercado de ganado caballar, daba lástima contemplarle. Toda la incuria, todo el abandono ingénitos en nuestros campesinos para el cruce y mejoramiento de las razas, se retrataba allí en su fría desnudez. Aquello no eran caballos, eran malos rocines con cinco cuartas de talla, larga melena en todo el cuerpo y desgarbada figura, que parecían pedir con sus perezosos y pausados movimientos, justicia contra el dueño que tan olvidado vive de este importante ramo de riqueza. Así es que las transacciones fueron muy escasas y el precio realmente despreciable.

La romería que tuvo lugar el miércoles, estuvo desanimadísima. Cuatro o cinco parejas bailando al son de un mal violín, y cuatro o cinco desocupados que entretenían el tiempo en cortejar con alguna mocetona, fue cuanto allí hemos visto digno de mención.

Las incomparables canguesas, que otros años daban vida a la romería y animación al baile, este año brillaron por su ausencia. Parece que o todas visten luto, o todas están de monos con él.

Aburrido volví a casa cuando ya la noche empezaba a mostrarnos su negro manto.

Ya en Cangas, sentí disparo de cohetes, repique de campanas, y claridad de una hoguera. Pero como yo no escribo para los que se divierten de noche, cierro el capítulo y liando un cigarro se despide hasta San Antonio.

Melquiades (seudónimo de autor desconocido), “En la feria”, en *EL Auseva*, Cangas de Onís, año I, nº 7, de 31 de mayo de 1891, p. 3. Gentileza del *Museo de la cerámica y los relojes Basilio Sobrecueva*.